ble le preparaban el mas ignominioso y mas cruel de todos los suplicios, el cual debia tambien atraer sobre toda la nacion la venganza mas horrible de parte de Dios.

«Un padre de familia, les dice (*Matth.* 21.), arrendó su viña á unos viñadores: habiendo llegado el tiempo de coger los frutos envió sus criados á los viñadores para que recaudasen los frutos de su viña; pero habiéndose apoderado de ellos los viñadores, á uno le apalearon, á otro le mataron, y apedrearon á los demás. Envió todavía otros en mayor número que los primeros, los cuales no fueron mejor tratados; en fin les envió su propio hijo, diciendo: A lo menos respetarán á mi hijo único; mas los viñadores viendo al hijo, dijeron entre sí: Este es el heredero, venid, matémosle, y nos haremos dueños de su herencia; y apoderándose entonces de él, le arrojaron de la viña, y le quitaron la vida. ¿Cuando viniere el dueño de la viña, añadió, qué hará con estos miserables viñadores? Les hará perecer miserablemente, y arrendará su viña á otros viñadores, que le correspondan como deben.» Los fariseos, que estaban presentes, comprendieron bien que esta parábola miraba á toda la nacion; no se les ocultó que los jefes del pueblo, los escribas, fariseos y sacerdotes eran aquellos perversos viñadores á quienes el Señor habia encargado el cuidado de su viña; que los criados que el padre de familia habia enviado en diferentes tiempos eran los profetas cuya mayor parte habian hecho morir; y que el hijo del padre de familia era el mismo Jesucristo, cuya pérdida habian ya jurado. Léjos de aprovecharse de esta leccion alegórica, trataron de apoderarse de él; pero temieron al pueblo que le miraba, por lo menos, como el mayor de los profetas. Desde entonces nada omitieron para tenderle lazos: con este designio le preguntaron, si era permitido pagar el tributo al César. Viendo Jesus su malignidad: «Hipócritas, les dijo, ¿por qué quereis sorprenderme? mostradme una moneda; preguntóles Jesus, de quién era la figura y el nombre escrito en ella:—Del César, le dijeron.— Entonces, les respondió, dad al César lo que pertenece al César, y á Dios lo que pertenece á Dios, y de este modo cumplireis las leyes de la justicia.»

§. XXXV.

La dulzura de Jesucristo con la mujer adúltera, y la malicia de los judíos para hacerle odioso. (*Joan.* 8.)

Habiéndoles salido mal este lazo, le armaron otro: su intencion era hacerle odioso, y convencerle de ambicion, obligándole maliciosamente á ejercer un acto de autoridad y de jurisdiccion que chocando á todo el sanhedrin ó gran consejo de los judíos, hubiera constituido, segun ellos, un reo de estado, lo cual no hubiera dejado de traerle la indignacion del pueblo. Hallándose Jesus en el atrio del templo, los escribas de concierto con los fariseos le trajeron una mujer que habia sido sorprendida en adulterio, y habiéndola puesto en medio de la asamblea: «Maestro, dijeron al Salvador, acaba de sorprenderse á esta mujer en adulterio: ahora bien, Moisés, como sabes, nos ha ordenado en la ley que esta clase de mujeres sean apedreadas; ¿qué dices tú sobre esto?» Hacíanle esta consulta, dice el Evangelista, para sondearle y poderle acusar; pero Jesus en lugar de responder, inclinándose, escribia en la tierra con el dedo. Créese que lo que el Salvador escribia en la arena insinuaba á los acusadores de la mujer adúltera lo que á ellos debia avergonzarles y de que ellos mismos eran culpables. Insistiendo en exigir siempre una respuesta, Jesus se enderezó, y les dijo: «El que de vosotros esté sin pecado, tírela la primera piedra;» y volviéndose á inclinar continuó escribiendo en la arena. Ellos no cuidaron de replicar, sino que llenos de vergüenza, viendo sin duda lo que Jesus escribia, y confundidos por los remordimientos de su propia conciencia, sin decir una palabra, todos se marcharon, uno despues de otro, de suerte que no quedó mas que Jesus y la mujer que estaba en medio del pueblo. Enderezándose entonces de nuevo Jesus, le dijo: «Mujer, ¿dónde están los que te acusaban? ¿nadie te ha condenado?—Nadie, Señor,» respondió ella. Conociendo el Salvador la viva contricion que tenia de su pecado: «Ni yo tampoco, la dijo: no, yo no te condenaré; vete, y no peques mas en adelante.» ¡Qué leccion tan bella es esta conducta dulce y caritativa del Salvador para esos pretendidos doctores duros y severos, que quieren siempre hacer bajar fuego del cielo sobre la cabeza del pecador, y que atando cargas pesadas las ponen sobre las espaldas de los otros, mientras que ellos no querrian ni aun aplicar un dedo á ellas!

Cuando es la pasion la que hace obrar, no se desanima fácilmente. Los fariseos y los escribas habian sido confundidos repetidas veces por el Salvador; nada importa, otra vez volvieron á la carga; preguntáronle maliciosamente en medio de una multitud de gentes, si era permitido el divorcio por cualquiera motivo que fuese. Respondióles que el matrimonio por su institucion era indisoluble, y que el hombre no podia despedir á su mujer sino por causa de adulterio; y tomando de aquí ocasion para hablar-

les del mérito de la castidad, ensalzó el esplendor, el precio y las ventajas admirables de esta incomparable virtud poco conocida, y menos estimada aun de los judíos; pero que seria muy pronto restablecida y cultivada por los que seguirian su doctrina: «No todos, dijo, comprenden esta moral; el hombre animal gusta poco de las verdades espirituales: la castidad es un don de Dios; dichosos los que recibieren este don y le conservaren toda su vida: quien pueda comprender esto, añadió, que lo comprenda;» queriendo dar á entender que la virginidad no era un precepto, sino solo un consejo de que los hombres carnales eran poco capaces.

Acercándose uno al mismo tiempo, le dijo: «Maestro, ¿qué debo yo hacer para conseguir la vida eterna?—Guarda los mandamientos, le respondió el Salvador.—¿Cuáles? replicó el jóven. —No harás ningun homicidio, le dijo Jesus, no cometerás adulterio, no hurtarás, no dirás falso testimonio, honra á tu padre y á tu madre; además ama á tu prójimo como á tí mismo, y no ignoras cuánto debes amar á Dios.—Todos estos preceptos los he guardado desde mi niñez, respondió el jóven: ¿qué me falta todavía para ser perfecto?—Si quieres ser perfecto, le dijo Jesus, ve y vende todo lo que tienes y dalo á los pobres, y tendrás un tesoro en el cielo: despues de hacer esto, ven y sígueme.» Hacia entonces el Salvador el retrato del estado religioso, el cual debia ser uno de los mas preciosos ornamentos de su Iglesia. Habiendo oido el jóven estas palabras, se fué muy triste, porque poseia grandes bienes, y le parecia muy difícil tanto sacrificio. Entonces Jesus dijo á sus discípulos: «En verdad os digo, que con dificultad entrará un hombre rico en el cielo; mas fácil es que un camello pase por el ojo de una aguja, que el que un rico entre en el reino de los cielos.» Era este un proverbio comun entre los judíos; lo mismo decian de un elefante, para significar que una cosa era naturalmente imposible, ó estraordinariamente difícil. Sorprendiéronse mucho los discípulos al oir este discurso, y dijeron: «Entonces ¿quién podrá salvarse?» pero Jesus volviéndose á ellos, les dijo: «Esto es imposible por parte de los hombres, pero todo es posible para Dios;» sobre lo cual tomando Pedro la palabra, le dijo: «He aquí que nosotros lo hemos dejado todo, y te hemos seguido: ¿qué será, pues, de nosotros?» Respondióle Jesus: «En verdad os digo que al tiempo de la resurreccion, cuando el Hijo del hombre estuviere sentado sobre el trono de su majestad, vosotros que me habeis seguido estareis tambien sentados en doce sillas, y juzgareis las doce tribus de Israél; y cualquiera que por mi nombre hubiere dejado su casa, todos sus mas próximos parientes y sus herencias, recibirá el céntuplo aun en esta vida, y poseerá la bienaventurada por toda la eternidad.»

Jesucristo habla aquí de su última venida, conforme á la idea que tenian los judíos del reino del Mesías: ellos le esperaban como un rey poderoso que debia volver á la nacion á su antiguo esplendor; por esto Jesucristo se representa á sí mismo sobre un trono, y establece á los apóstoles como los primeros de su corte. No hace mencion mas que de doce tribus, porque en ellas se contiene toda la nacion, y bajo de esta nacion entiende á todos los hombres; así como por el céntuplo aun desde esta vida, entiende aquella paz del alma que es tan superior á todo lo que cae bajo de los sentidos, aquellos consuelos interiores, aquellas bendiciones espirituales y tambien temporales de que se ven colmados los que habiéndolo dejado todo por Dios, siguen á Jesucristo, y viven segun su espíritu, sus consejos y sus máximas.

Entre tanto el número de los que creian en él se aumentaba diariamente, y la envidia y el odio de los sacerdotes, de los escribas y de los fariseos se hacian cada dia mas acres y mas vehementes; así que habiendo venido el Salvador al templo, la tomaron de nuevo con él los fariseos; pero quedaron muy pronto confundidos. Habiendo, pues, dicho Jesus que él era la luz del mundo (*Joan.* 8, 9), y que los que le siguen caminan siempre con gran claridad, le dijeron los fariseos: «Tú das testimonio de tí mismo, por tanto no debe ser recibido tu testimonio.» Respondióles: «Aunque yo dé testimonio de mí mismo, mi testimonio es legítimo, porque yo sé de dónde he venido y adónde voy; pero vosotros no sabeis de dónde vengo yo, ni adónde voy; vosotros juzgais segun la carne; esto es, vosotros no consultais mas que las apariencias, no escuchais mas que vuestras pasiones en el testimonio que dais de los otros. Yo soy el que doy testimonio de mí mismo, porque sé quién yo soy, y porque mi Padre que me ha enviado da tambien testimonio de mí por mis milagros y por el poder que me da en confirmacion de la verdad de mis palabras.—¿Dónde está tu Padre? dijeron entonces los fariseos. —Vosotros no sabeis ni quién soy yo, ni quién es mi Padre, les respondió Jesus; si vosotros supieseis quién soy yo, si quisieseis rendiros á las pruebas que os doy de mi divinidad, sabriais tambien quién es mi Padre, y dónde está.»

Esta declaracion de su divinidad la hizo el Salvador en presencia de todo el pueblo, en aquella parte del templo mas frecuentada, en la cual estaban colocados ciertos asientos ó tronos para recibir las ofrendas del pueblo, y que se llamaba el tesoro.

Los fariseos y los escribas hubieran deseado prenderle; pero no hubo nadie que se atreviese á echarle mano, dice el Evangelista, porque el tiempo que él habia fijado para su sacrificio no habia llegado todavía.

§. XXXVI.

Testimonio que da Jesucristo de su divinidad.

Algunos dias despues prediciéndoles el Salvador su desgraciada suerte, á causa de su obstinada incredulidad: «*Yo me voy*, les dijo, *y vosotros me buscareis, y morireis en vuestro pecado* por no haber querido abrir los ojos á la luz, ni reconocer en mí el Mesías; porque si no creeis que lo soy yo, añadió, ciertamente morireis en vuestro pecado.—¿Pues quién eres tú? repusieron los judíos.—*Yo*, les respondió, *el que ahora os habla, yo soy antes que todas las cosas;* como si dijera, yo que os hablo soy el principio y el criador de todas las cosas; yo soy el que os he dicho quien era, esto es, el Hijo de Dios; yo soy la luz del mundo, el pan de vida, el Mesías tan ardientemente deseado y por tanto tiempo esperado; yo soy el Salvador del mundo: tendria mucho mas que deciros, y sobre que condenaros; pero cuando hubiereis elevado al Hijo del hombre, entonces conocereis quién soy yo, y sabreis que os he dicho la verdad.» Habla aquí Jesucristo de su muerte en la cruz: «Vosotros conocereis despues de mi muerte, dice, que yo soy Dios; que en todo lo que yo hago obro de concierto con mi Padre, y que vuestra suma desgracia será no haber querido conocer lo que yo soy.»

A consecuencia de este discurso, dice el historiador sagrado, muchos creyeron en él; y Jesus dirigiéndose á ellos, les dijo: «Si vosotros permaneceis adheridos á mi palabra, sereis efectivamente discípulos mios, conocereis la verdad, y la verdad os dará la libertad.—¿Cómo nos dices vosotros sereis libres, le dijeron, puesto que siendo descendientes de Abraham, no fuimos jamás esclavos?» Respondióles Jesus: «Sabed que cualquiera que peca, es esclavo del pecado; si sois hijos de Abraham, haced las obras de Abraham; mas ahora ¿por qué tratais de quitarme la vida á mí que os he dicho la verdad, la cual he aprendido de Dios mismo? No es así como ha obrado Abraham.» Oido esto, algunos de los que allí estaban reunidos le dijeron: «Nosotros tenemos un solo padre, que es Dios.—Si Dios fuese vuestro padre, replicó Jesus, me amariais sin duda, porque yo he nacido de Dios, y de él he venido; porque no he venido yo de mí mismo, sino que es él el

que me ha enviado: ¿en qué consiste, pues, que no podeis escuchar mis palabras, ni entrar en lo que yo os digo? Vosotros no creeis mas que lo que os sugiere el padre de la mentira; mas por lo que hace á mí, aunque os digo la verdad no me creeis. ¿Quién de vosotros, añadió, me convencerá de mentira y de pecado? ¿Si os digo la verdad, por qué no me creeis? El que es hijo de Dios, oye las palabras de Dios: lo que hace que vosotros no las oigais, es que no sois hijos de Dios. Si alguno obedece á mi palabra, no morirá jamás.—Ahora sí que vemos, dijeron los judíos, que estás endemoniado. Abraham ha muerto, los profetas han muerto tambien, y tú dices, si alguno obedece á mi palabra, no morirá jamás; ¿eres tú mayor que Abraham nuestro padre?» Respondióles Jesus: «En verdad, en verdad os digo, antes que naciese Abraham soy yo.» Esta confesion les irritó; tomaron piedras para tirárselas, mas Jesus se ocultó, esto es, se hizo invisible, y pasó así por medio de ellos saliéndose del templo, sustrayéndose entonces al furor de sus enemigos para entregarse él mismo á toda su rabia cuando hubiere llegado el tiempo de padecer.

Pero uno de los milagros del Salvador que hizo mas ruido fué cuando dió la vista á un ciego de nacimiento; por esto los fariseos hicieron todo lo que pudieron para quitarle la gloria de él ó al menos para oscurecerla.

§. XXXVII.

Da Jesucristo la vista á un ciego de nacimiento.

Pasando Jesus, vió un hombre ciego de nacimiento (era sábado aquel dia): preguntáronle sus discípulos si aquel hombre habia nacido ciego en castigo de algun pecado suyo ó de sus padres. «Ni lo uno ni lo otro, respondió el Salvador, sino que Dios lo ha permitido así para hacer brillar su omnipotencia, y manifestar por este milagro la gloria de su propio Hijo. Mientras que yo estoy en el mundo, añadió, yo soy la luz del mundo, y no hay mas que abrir los ojos, y ver las obras que hago, para saber quién soy yo;» despues escupió en tierra, y habiendo empapado la tierra con la saliva, frotó con esto los ojos del ciego, y le dijo: «Vé, y lávate en el baño de Siloe,» nombre que significa el enviado; este baño se formaba de las aguas de una fuente que corria al pié de la colina de Sion. Ahora bien, como el nombre de Siloe, ó de enviado, es uno de los nombres que da la Escritura al Mesías, es visible que no sin misterio envió el Señor al

ciego á aquella fuente, para enseñarnos que él es el que nos reengendra en las aguas del bautismo, y el que cura por su gracia nuestra ceguera espiritual. Obedeció el ciego, y apenas se hubo lavado los ojos, vió claramente. Esta fuente que sale del monte Sion en Jerusalen, se ve todavía, y se dice que los turcos van á lavarse en sus aguas para curarse del mal de ojos.

Hizo gran ruido esta maravilla. El ciego que pedia limosna á la puerta del templo, era conocido de muchos: apenas podia creerse que fuese el mismo: él por tanto decia á todo el mundo: «Yo soy, no os engañais;» y contaba á voz en grito como aquel hombre que se llamaba Jesus le habia dado la vista. No tardaron los fariseos en saber lo que causaba la admiracion de toda la ciudad; presentóseles el que daba motivo á ella, preguntáronle, examináronle, y quisieron saber de él hasta las menores circunstancias de lo que habia pasado. Era sábado el dia en que Jesus habia hecho este milagro, lo que dió márgen á algunos fariseos para decir: este hombre que no observa el sábado no es de Dios (*Joan.* 9.): mas los otros no podian comprender como un hombre malo habria podido hacer un prodigio tan grande, lo cual los tenia divididos entre sí. Preguntaron al ciego lo que él pensaba. «Por mi parte, respondió, yo le creo un gran santo, un hombre enviado de Dios, un profeta.»

Todo esto les inquietaba demasiado; y determinaron no creer nada, hasta haber hecho venir á sus padres. Habiéndose presentado el padre y la madre: «¿Es este, les dijeron, vuestro hijo, que vosotros decís haber nacido ciego? ¿cómo ve ahora?» Ellos que temian á las cabezas del pueblo, y que sabian la resolucion que tenian tomada de arrojar de la sinagoga y escomulgar á cualquiera que reconociese á Jesus por el Cristo, respondieron simplemente: «Nosotros estamos ciertos de que este es nuestro hijo, y de que ha nacido ciego, pero no sabemos en qué consiste que ahora ve; tampoco sabemos quién es el que ha abierto sus ojos; preguntadle á él, bastante edad tiene para responder por sí mismo á lo que á él le toca.» Hicieron, pues, los judíos venir por segunda vez al ciego, y le dijeron: «Da gloria á Dios (los judíos se servian de esta fórmula cuando exigian á alguno el juramento, y le obligaban á tomar á Dios por testigo de que diria la verdad): da, pues, gloria á Dios, le dijeron, nosotros sabemos que este hombre es un pecador, un mal hombre.—Yo no sé si es malo, respondió aquel hombre; lo que yo sé es, que era ciego, y que ahora veo.» Preguntáronle de nuevo acerca de esto, cómo le habia dado la vista, y él les respondió: «Os lo he dicho ya, y vosotros lo habeis oido; ¿para qué quereis que os lo vuelva á decir? ¿deseais tambien vosotros ser discípulos suyos?» Irritáronse entonces contra él, y maldiciéndole, le dijeron: «Seas tú discípulo suyo; nosotros somos discípulos de Moisés; nosotros sabemos que Dios habló á Moisés, mas éste no sabemos de dónde ha venido.»

«Eso es lo mas admirable, repuso el hombre, el que no sepais de dónde viene, ni quién es, y que sin embargo haya abierto mis ojos, y me haya dado la vista. Ahora bien, nosotros sabemos que Dios no oye á los pecadores, sino que á aquel que sirve á Dios y le obedece á ese es á quien Dios oye; desde el principio de los siglos no se ha oido decir que ninguno haya dado la vista á un ciego de nacimiento; si este no viniese de Dios, no podria hacer nada de lo que hace.»

Una respuesta tan sabia les puso todavía mas de mal humor: «Tú no eres mas que pecado desde el vientre de tu madre, y ¿te metes á doctor y á darnos lecciones?» y le echaron fuera. Habiendo sabido Jesus que le habian echado fuera, y encontrándole despues, le dijo: «¿Crees en el Hijo de Dios?—¿Y quién es, Señor, el Hijo de Dios, para que yo crea en él?» Díjole entonces Jesus: «Tú le has visto, y es el mismo que te habla.» Al momento esclamó el hombre: «Yo creo, Señor;» y echándose á sus pies, le adoró. Dirigiendo luego el Salvador su palabra á todos los que estaban presentes: «Yo he venido al mundo, dijo, para hacer justicia, esto es, para manifestar un secreto impenetrable de la divina Providencia, que aunque asombroso no deja de ser justo; puesto que está fundado en el endurecimiento voluntario de los malos. Yo he venido para que los que están ciegos vean, y los que ven se queden ciegos. Los gentiles que están en las tinieblas, abrirán un dia los ojos á la luz; y los judíos que poseen la luz, cerrarán los ojos, y vivirán en una oscura noche. Los sacerdotes, los fariseos, y los doctores de la ley, tan ilustrados, quedarán ciegos aun en medio de sus luces; y los mas sencillos del pueblo, cuyo corazon es recto y cuyo espíritu es dócil, serán iluminados con la luz de la fe y de la verdad.»

El juicio que Jesus dice que viene á hacer, y la justicia que viene á ejercer, se toman aquí por la condenacion que hace Jesucristo de los judíos presuntuosos y endurecidos, y por la gracia que concede á los gentiles, que deben entrar en la Iglesia, mientras que los judíos serán escluidos por su orgullo, y por su presuntuosa incredulidad. Así lo habian predicho hablando del Mesías, Jeremías, Isaías, y el viejo Simeon. Los fariseos comprendieron bien que esta terrible amenaza se dirigia á ellos: «¿Somos, pues, nosotros tambien ciegos? dijeron.—Si fueseis cie-

gos, les respondió Jesus, no tendriais pecado; pero porque ahora decís, nosotros vemos claro, subsiste vuestro pecado: las luces mismas y la ciencia de que os vanagloriais, os condenan, y hacen vuestra infidelidad inescusable.» Como si les hubiese dicho, dice S. Agustin: si conocieseis vuestra ceguera, recurririais al médico; pero permaneceis pecadores, porque siendo sabios y santos á vuestros propios ojos, no creeis que teneis necesidad de nadie que os ilumine y os santifique.

§. XXXVIII.

La parábola del buen pastor es un nuevo testimonio de su divinidad. (*Joan.* 10.)

Habiendo confundido así el Salvador la vanidad necia de aquellos soberbios que se metian á conducir á los otros, viviendo ellos en una ceguera tan lamentable, les propuso bajo de la parábola del pastor y de las ovejas los tres caracteres diferentes de tres géneros de personas que se empeñan en el gobierno de las almas. Díjoles, pues, que hay algunos que en lugar de entrar en el aprisco por la puerta como el verdadero pastor, entran en él por alguna brecha, ó por otro paraje, como ladrones, para robar, para degollar, y para perder; esplicóles este enigma diciéndoles, que él mismo era esta puerta, por la cual era menester entrar para conducir el ganado: al mismo tiempo nos representa la Iglesia como un aprisco en el cual no se puede entrar sino por él, y á los fieles como ovejas de las cuales es él el pastor y el padre.

«Hay otros, añadió, que habiendo entrado por la puerta, conducen á las ovejas con espíritu de mercenarios, de suerte que amándose únicamente á sí mismos, las abandonan luego que ven venir al lobo. En fin, hay buenos y legítimos pastores que entran á la verdad por la puerta, haciendo que el portero les abra; conocen las ovejas, y las ovejas conocen su voz: estos como cuidadosos, las conducen á buenos pastos, y las aman hasta esponer su vida por ellas en la ocasion.» El Salvador se aplicó en seguida todas las cualidades de estos últimos, é hizo ver que él era el buen pastor por escelencia, puesto que habia venido á dar su vida por sus ovejas, y á darla con plena voluntad, en razon de que nadie podia quitársela si él no queria; mas que luego que la hubiese dado, la volveria á tomar por sí mismo sin que nadie pudiese impedírselo. Declaró, en fin, que los que habian venido antes que él, y se habian atribuido la autoridad y el nombre de

Mesías, no lo eran, porque no tenian ninguna de las cualidades del buen pastor; que por lo demás, no eran los judíos las únicas ovejas por las cuales queria dar su vida; que habia otras, á saber, los gentiles, que era menester que las llevase á su aprisco; y que de todos los que de los unos y de los otros oyesen su voz, y creyesen en él, no se haria mas que un rebaño, del cual seria él el único pastor.

Este discurso del Salvador escitó tambien una nueva division entre sus oyentes: los unos decian que estaba poseido del demonio; los otros sostenian que no era este discurso de un endemoniado, y que el demonio no abria los ojos á los ciegos de nacimiento, ni arrojaba á los otros demonios de los cuerpos de los poseidos.

Poco tiempo despues, durante la solemnidad de la renovacion del templo, que se celebraba en invierno, paseándose Jesus en el pórtico de Salomon, se juntaron los judíos en rededor de él, y le dijeron: «¿Hasta cuando nos tendrás en duda? si eres el Cristo, dínoslo claramente.—Mucho tiempo hace ya que os hablo, les dijo, y no me creeis; las cosas que hago en nombre de mi Padre, os dicen bien claramente quién soy yo; pero vosotros no creeis ni á mis palabras ni á mis obras: lo que mi Padre me ha dado es superior á todo, y nadie puede arrebatar nada de sus manos.» Los santos Padres entienden estas palabras de la naturaleza y del poder divino que el Padre da al Hijo por su generacion eterna; y como los judíos habian pedido al Salvador que les dijese claramente si era el Hijo de Dios y Dios él mismo, les responde claramente, diciéndoles: «*Mi Padre y yo somos una misma cosa*, una misma naturaleza, una misma esencia; tenemos un mismo poder, una misma sabiduría, la misma eternidad, la misma virtud.» No podia dar el Salvador una declaracion mas terminante ni mas espresa de su divinidad; los judíos tambien lo comprendieron así, y no creyeron que podian dar otro sentido á estas palabras, y esto es lo que les movió á quererle apedrear. Díjoles entonces Jesus: «Muchas buenas obras y muchos prodigios he obrado á vuestra vista por la virtud de mi Padre; ¿por cual de estas obras y de estas maravillas me apedreais?—No te apedreamos, respondió aquella turba de fariseos y de escribas, por ninguna buena obra, sino porque siendo hombre como eres, quieres que te tengamos por Dios.»

No se cuida, por esto, el Salvador de retractar ó de debilitar la proposicion que acaba de proferir; antes la confirma por un raciocinio que no admite réplica, y que confunde la malignidad del corazon y el espíritu de aquellos perversos censores. «Los

profetas, les dice, son llamados dioses en la Escritura, porque se les ha dirigido y confiado la palabra de Dios; con mucha mas razon es Dios el Verbo de Dios. Es evidente por todo lo que yo hago que he sido santificado, esto es, engendrado en la eternidad por mi Padre, y enviado por él en el tiempo al mundo para ser el Mesías; ¿y os atreveis á decir que blasfemo, *porque he dicho yo soy el Hijo de Dios?* (*Joan.* 10.) Si yo no hago obras del Hijo de Dios, de un hombre Dios, del Mesías, no me creais, y decid que soy un impostor y que blasfemo; pero si las hago, y no quereis creerme á mí, creed en mis obras, dirigidas á que conozcais y creais que el Padre está en mí, y yo estoy en él, y que mi Padre y yo somos una misma cosa.»

Tiene el corazon demasiada influencia sobre nuestros pensamientos y nuestros juicios, para que deje ver la verdad á aquellos á quienes ciega la pasion. Los fariseos y los escribas, aunque confundidos, no por eso fueron menos incrédulos, y su odio contra el Salvador crecia con su indocilidad: hubieran deseado perderle; pero temian alguna conmocion popular, y Jesus, que no queria anticipar su hora, se sustrajo de sus manos. Sin embargo, la malicia de los fariseos no pudo impedir el que muchos de los que le habian oido creyesen en él, y que fuesen á buscarle al otro lado del Jordan, adonde se habia retirado, y se declarasen discípulos suyos. «Juan, decian, no ha hecho milagros, y Jesus hace muchos; por otra parte, todo lo que Juan ha dicho de este hombre ha salido verdad; debemos, pues, creerle sobre su palabra y adherirnos á él.» Los milagros de Jesucristo, y el testimonio de Jesucristo, eran las pruebas sencillas pero convincentes; era necesario estar tan ciegos por la pasion como lo estaban los escribas y los fariseos, para no rendirse á unos testimonios tan claros y tan seguros.

§. XXXIX.

Jesucristo se hospeda en casa de Marta, y descubre la hipocresía de los fariseos.

Pasando el Hijo de Dios con sus discípulos por Bethania, se hospedó en casa de Marta, hermana de María y de Lázaro, á quienes Jesus honraba con su estimacion y su amistad: fué recibido con mucho gozo de aquella familia, y mientras que Marta estaba muy afanada en preparar todo lo que era necesario para obsequiar á su divino huésped, su hermana se mantenia sentada á los pies de Jesus, y escuchaba con ansia sus santas instruc-